

FIN DEL JUEGO*

Jose Hoyos

1995. Han pasado algunos meses y la alegría del juego se te ha ido evaporando. A mitad del entrenamiento, la imagen de los dos ataúdes y la preocupación por la ausencia de Juano te impiden seguir jugando. Todas las noches te acuestas desganado y temeroso. Una mañana te despierta una ráfaga de fusil. Parece reventar al lado de tu casa. Antes de que puedas saltar de la cama, tu mamá viene muy pálida y te abraza y te dice con voz temblorosa: “Quédese ahí, en la esquina hay una balacera”. Es un día con mucho sol, pero no logras asociarlo con la luminosidad del verano en el pueblo porque los estallidos de plomo parecen una tempestad.

Quieres salir a la puerta a ver si alguien te explica mejor qué está pasando, pero tu mamá lo impide con un grito de alarido. Te levantas como un resorte y te subes a un muro en la parte trasera de tu casa y puedes ver cómo se agita la esquina. Todo es apremiante y aterrador. A tu tía se le caen de golpe todas las lágrimas que tiene, vive momentos que considera irreales, la sospecha de irrealidad que turba el ánimo a la hora de las grandes catástrofes. Toda la cuadra está verde de policías, son cerca de cuarenta. “¡Hay dos, hay dos!”, se gritan unos a otros. Tienen los ojos grandes como bolas de billar y saltan de un lado a otro con rápida precisión entre los postes y los muros. Todos le apuntan a la

A finales de agosto, a la media hora de haberte ido para la escuela, vuelves a tu casa. Tu mamá te pregunta por qué no estás en clase. Le dices que las clases están suspendidas indefinidamente porque anoche aparecieron muertos dos profesores...

casa color uva. Solo has visto ese tipo de escenas en películas. Jamás imaginaste que la guerra pudiera suceder en tu barrio. El miedo físico se concentra en tus intestinos y el emocional se te riega por todo el cuerpo. Un hierro caliente que te marca la piel. El suelo se te cae. Un chorro de orines baja por tus piernas. Tirado en el andén de la casa color uva ves el cuerpo del señor Andrade, cubierto de sangre, inmóvil, lleva un chaleco que dice SIJIN. Recuerdas los estruendos del polígono, y no encuentras diferencia entre el reventar de unas balas y el de las otras. Ves a los dos hombres perseguidos que se arrastran sobre un tejado vecino; a uno solo lo cubre un poncho y una pantaloneta y en la mano lleva un revólver brillante. El otro, el flaco barbudo, lleva un fusil que escupe balas casi al azar y se alterna para hacer fuego y avanzar sobre el tejado. Reconoces al que lleva poncho y pantaloneta y tu miedo se convierte en la tristeza que te acompañará el resto de tu vida, de golpe se agota el azúcar de tu sangre, se te derrumban los

párpados y la inocencia, se seca tu alma como una hojita. Al velorio de Juano viene muy poca gente. Empiezas a saber lo que significa negro día. No vuelves a jugar fútbol. No vuelves a jugar nada. Te haces adulto.

1994. A finales de agosto, a la media hora de haberte ido para la escuela, vuelves a tu casa. Tu mamá te pregunta por qué no estás en clase. Le dices que las clases están suspendidas indefinidamente porque anoche aparecieron muertos dos profesores y el velorio se hará en la escuela. Decide ir y llevarte con ella. Es un velorio cargado de tensión; te preguntas por qué la gente habla en voz baja, por qué tu mamá tiene tan frías las manos, por qué hay hombres desconocidos parados en la puerta mirando muy atentos y serios. A un lado del patio, la tarima donde usualmente hacen las ceremonias de izada de bandera está acondicionada como sala de velación. Sobresalen grandes coronas de flores, candelabros, obituarios, un crucifijo y dos ataúdes. Todo el escenario te parece un lugar lleno de fantasmas que co-



Las torres

braron vida y actúan con mucho miedo porque saben que van a volver a perderla. Le preguntas a tu mamá si puedes asomarte a los ataúdes y te responde que ni riesgos. En uno está don Rey María, presidente del sindicato docente; en el otro está Claribel, la secretaria. Piensas en don Rey y te afliges hasta los huesos. Esperas que las directivas de la escuela den con otro profesor de educación física como este. Para matemáticas, ruegas que no encuentren reemplazo.

1993. El salón de clases te aburre como una misa. No quieres volver a estudiar. Armas un berrinche de apocalipsis. Tu mamá te dice que ni pensarlo. Estás seguro de que tu destino es el fútbol, quieres jugar todo el tiempo y la escuela se interpone. La increpas: “Usted también fue a la escuela y al final terminó trabajando en una cafetería”, y antes de que termines de hablar zumba una correa por todo tu cuerpo. Lo único que

consigues es que te prohíba ir a los entrenamientos por un mes. Juano pasa cada vez menos tiempo en la casa. Cuando viene, tu tía le hace súplicas lagrimosas, casi de rodillas, menciona expresiones como *pensarlo mejor, pues nos vamos lejos, ideas raras en esa universidad, el peligro de esa gente, mire lo que le pasó a*. Él no quiere más sermones, dice que ya es adulto y tiene su criterio; por eso decide irse a vivir a la casa que hace poco alquiló el flaco barbudo y otros compañeros, una casa color uva que queda solo a una cuadra. Tu tía pasa de uno a dos rosarios por día para que él vuelva, infructuosamente. Le suplicas al profesor de educación física que te incluya en el equipo de fútbol de la escuela, le prometes mejorar tus notas. Después de varias semanas, él accede. Dice que tienes talento en ascenso. Estás feliz, en la escuela por fin hay algo que te gusta y un profesor que está de tu lado. Una tarde, al pasar

por la tienda de la esquina, el señor Andrade se te acerca queriendo parecer casual y te dice: “Oiga muchacho, y en qué trabaja pues su primo Juano”. Le dices que ni idea. No mientes.

1992. Como todos los martes al llegar de la escuela, te apuras a cambiarte el uniforme por la ropa de fútbol y vas corriendo hasta la cancha para el entrenamiento. Pero hoy te encuentras con que a nadie dejan entrar a la cancha. Está cercada con cinta amarilla porque los policías se adueñaron de ella. Te subes a un barranco lejano y observas: contiguo a una portería clavaron unas tablas gruesas en cuya parte frontal está pegado un cartel con la silueta de un hombre. Están ubicadas en hilera y frente a cada una, al otro extremo, cada policía se tiende, apunta su fusil y dispara series de diez balas. La palabra más mencionada por los curiosos, “polígono”, se te hace familiar porque la oíste en clase de matemáticas, la asocias a la cancelación del fútbol y la odias para siempre. El señor Andrade pasa por el lugar y al ver que te tapas los oídos te dice: “Oiga muchacho, así es como suenan las balas legales”. No le ves ninguna relación a la figura del polígono con lo que está sucediendo en la cancha, ni encuentras justificación para que hayan aplazado el entrenamiento y en su lugar llenen el ambiente con estruendos de pánico que huelen a Juano con una mano ensangrentada.

1991. Mientras estás en el lavadero quitándole el barro a tu ropa de fútbol revienta un fogonazo y la detonación en el patio de tu casa te deja un pito constante en los oídos a pesar de que estás a varios metros de distancia, los gritos se producen muy cerca de ti pero los oyes lejanos, hueles el humo pavoroso de la pólvora, te pones blanco de terror al ver pasar a tu primo Juano corriendo y gritando, lleva una mano sosteniendo la

otra, bañada en sangre y con unas hebras de piel colgante donde deberían estar los dedos. En toda la casa retumba la voz furiosa de tu tía: “¿Estopines? ¿Y usted qué mierda hacía con una caja de estopines?” A Juano lo suben a un taxi. Regresa una semana después con tres dedos menos. Por la noche tocan la puerta, abres y el flaco barbudo te entrega una bolsa con vendajes y medicamentos encargándote decirle a Juano que “ahí le mandan los compañeros”. Nunca se te olvidará el rojo pavoroso de la sangre. Guardas en tu memoria el olor de la pólvora, el de la carne quemada, la duda acerca de qué son los estopines. En adelante te evocarán a un primo que se pierde por días y cuando regresa trae unos paquetes rarísimos que guarda con mucho celo.

1990. Es diciembre. Hay en el pueblo una extraña mezcla de festividad y preocupación. Tu mamá te pide que vayas al enorme cafetal que hay frente a la casa por unas hojas de plátano para los tamales. Vas a regañadientes y nomás internarte ves que por el camino de la quebrada van en fila unos veinte hombres armados y uniformados irregularmente, algunos llevan costales con mercado y galones de gasolina. Te preguntas si el ejército anda siempre así de apurado. Te paralizas de miedo cuando uno de ellos, un flaco barbudo, se queda mirándote. Respiras aliviado al ver que siguen de largo. Por las tardes te quedas por horas absorto en la ventana desde donde se puede ver el cafetal y a lo lejos, por encima de potreros y fincas, el oscuro verdor de los bosques tupidos. Te gusta el ondear de las guadasas con el viento. Tratas de encontrar las ventajas de vivir en esa casa, donde por un lado están las calles normales de un barrio de pueblo, y por el otro hay caminos que se vuelven trochas conducentes a las

Después de patear el balón, no le das importancia a dónde va a parar, solo mantienes la cara en alto de forma que reciba toda la lluvia posible. A veces en pleno partido estás tan feliz que te entran ganas de quedarte quieto.

fincas aledañas. Junto a tu casa, el camino principal empieza a bifurcarse en otros tantos. Uno de esos caminos no conduce a ninguna parte. Un día, cuando te vas a retirar de la ventana, por ese camino bajan dos hombres enruanados, uno de ellos es el flaco barbudo, te mira, te saluda muy amable, y te pregunta por tu primo Juano; le dices que no está pero crees que viene el fin de semana para navidad. “Gracias, compañero”, te dice, y sigue a paso largo. No sabes por qué, pero te queda la certidumbre de que es un hombre bueno.

1989. Juano te regala un par de guayos y una pelota y te enseña a patearla. Hace poco abandonó la universidad; solo va a unas reuniones cada tanto, así que estás feliz porque puedes pasar mucho tiempo con él. Algunos días te le pegas como lapa, y aunque se niegue a llevarte a la tienda donde se reúne con sus amigos a ver los partidos de las eliminatorias al mundial de Italia, ahí estás junto a él viendo cada partido. Piensas que Maradona vuela siempre que tiene el balón. Piensas que Maradona y tú son los seres más especiales del mundo. Siempre que Juano y sus amigos gritan un gol, viene el señor Andrade, un vecino malacaroso que hace poco vive en el barrio y, más que pedir, ordena que dejen el ruido. Un amigo de Juano dice que ese Andrade tiene cara como de escolta, que es mejor tenerlo a raya. Empiezas a asistir a esa academia de fútbol para menores de siete años que no cobra mensualidad y que tiene como

sede la cancha pública a tres cuerdas de tu casa. La felicidad tiene forma de balón. Eres el primero en llegar a los entrenamientos, siempre acompañado por Juano. Sonríes cuando juegas en la parte de la cancha que es puro césped y llueve. Después de patear el balón, no le das importancia a dónde va a parar, solo mantienes la cara en alto de forma que reciba toda la lluvia posible. A veces en pleno partido estás tan feliz que te entran ganas de quedarte quieto. Vuelves a casa y ya quieres que sea mañana para volver a jugar. O días la parte de tu casa que da al pueblo y amas la que da al campo. Anhelas encontrar algo dulce por la noche en la comida y que tu mamá haya salido temprano de la cafetería y esté en casa cuando llegues del entrenamiento para contarle tus hazañas futboleras, tus ascensos en el juego. Le cuentas sobre tu vínculo secreto con Maradona. Le dices que nunca vas a dejar de jugar fútbol. Le dices que nunca vas a dejar de jugar. **LPyH**

*El texto apareció originalmente en la revista *Literariedad*. Se reproduce con permiso de su autor.

Jose Hoyos (Riosucio, 1978) es cuentista, ensayista y columnista. Forma parte de la antología *Asedios verbales. Panorama del cuento joven colombiano* (Pijao, 2017). Ha publicado en la *Revista Corónica* y en *El Espectador*. Ganador del Premio Colección de Escritores Pereiranos 2016.